

Misterios Entre las Olas

VARIOS AUTORES



MISTERIOS ENTRE LAS OLAS

MISTERIOS ENTRE LAS OLAS

Varies autores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Alejandra Martínez, 2022

©Ana M. Velasco, 2022

©David Mancera Araujo, 2022

©Erik Reenberg, 2022

©Francisco García Jiménez, 2022

©Laura Martín, 2022

©Loren Ysella, 2022

©María Alonso Colón, 2022

©Rocío Galeote, 2022

©Talita Isla, 2022

©Urtzi Elorza, 2022

©Yaiza Sevillano, 2022

©Ilustración y maquetación de cubierta: Coral Azpiazu, 2022

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2022

©Ediciones Dorna, 2022

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-124737-3-5

IBIC: DQ

Aviso de contenido sensible: asesinato, ahogamiento.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

Mare Nostrum

Alejandra Martínez

Soy un mar de nadie.

He tenido muchos nombres, pero mis olas los han engullido y reducido a nada. De ellos no quedan más que recuerdos de recuerdos, rastros de letras que alguien trazó en la arena, ecos atrapados en la espiral de una caracola. Soy un mar de nadie, y nadie puede mandar sobre mí; ni los humanos ni sus sueños, ni sus buques ni sus reyes.

Pero hay un reino que pretende imponerme su nombre, más allá de las Columnas de Hércules, inmenso como la soberbia de un rey, blanquecino y decrepito. La Atlántida es gloria, y la gloria no es para mí más que cal. Sin embargo, prevalece sobre mí, me desafía desde sus palacios y sus templos, me arroja ofrendas para apaciguarme, tesoros para reyes que no son más que limosnas para dioses; y sus habitantes osan llamarme Atlántico a mí, que no soy de nadie.

No habrá día en que perdone a la Atlántida, no hasta que su gloria de cal no sea más que el recuerdo de un recuerdo, letras de arena, ecos de caracola.

Anochece, y mis mareas tratan de invadir las costas atlantes sin éxito; mis olas no alcanzan sus fortalezas. Apenas amanece cuando siento algo alzándose a través de mí, la misma sirena, verde de escamas y morena de piel, que admira todos los amaneceres de la Atlántida desde una cala gris.

Sonríe cuando ve el alba despuntar sobre la gloriosa Atlántida, y yo me enfurezco. ¿Cómo se atreve a admirar la Atlántida? ¿Cómo, teniendo mi agua por sangre? Pero entonces advierto unos pies chapoteando en la cala. Largas

faldas se empapan de mí, y dedos anillados hurgan entre mi arena en busca de conchas.

No son estas manos de pescadora; esta ha de ser una princesa atlante. Mi sirena la contempla como si sus cabellos dorados fuesen esquirlas de amanecer y sus ojos aguamarina fuesen fragmentos de océano. Lo sé, pues mi sirena es parte de mí y siento todo cuanto ella siente; y sé también que no permitiré que se acerque a la princesa.

Intento devolverla mar adentro, pero mis aguas se deslizan sobre sus escamas, impotentes. Empieza a cantar para captar la atención de la princesa y ella, en lugar de asustarse y huir, se adentra en mí. Mi sirena y ella cruzan miradas. Mi tempestad se ha tragado el sol, pero el reflejo de su rostro en mis aguas es radiante como una aurora.

La princesa se arrodilla frente a mi sirena. Dice algo, pero mi sirena no la entiende, pues es parte de mí y yo ignoro y desprecio la lengua atlante. La princesa frunce el ceño entonces. Podría ahogarla, pienso, hundirla hasta que su piel toque con mi piel, con el fondo de mis fosas, y su boca se ahogase con la penumbra de mis abismos.

Mientras yo la mato en ensoñaciones, ella sonrío y se señala el pecho.

—Soy Clito, ¿y tú?

Ordeno a mi sirena que se marche, pero su espíritu se subleva contra el mío. Las olas se baten cuando las mezo, la arena se esparce cuando la revuelvo y los peces se agitan cuando los sacudo, pero mi sirena me desobedece; resulta tan inconcebible como que el hueso se rebele contra la carne.

—Yo soy el mar —responde.

Ella amplía aún más su sonrisa. Vuelve a decir algo, pero un susurro de brisa me resultaría más inteligible que su voz. Solo comprendo una palabra:

—Espérame.

Se marcha y, cuando vuelve, trae consigo una flor blanca y dorada, como ella.

—Margarita —pronuncia, señalándola.

Entonces, se calla. Yo, mi sirena, no entiendo qué quiere que haga.

—Margarita —insiste, articulando cada sílaba lentamente.

—Margarita —repito yo.

—¡Bien! —Lleva un bolso, del que extrae un artefacto alargado con púas de marfil. Debe ser un arma—. Peine —lo nombra, y trata de acercármelo.

Retrocedo. ¿Intenta atacarme? Sin embargo, no logro retirarme antes de que se abalance sobre mí. Enreda su armatoste en el pelo de mi sirena y lo cepilla con esmero. Siento un tirón en el cráneo, y siseo.

—Calma —me susurra—. Solo te peino.

Por fin, guarda su maléfico peine y me muestra en su lugar una oblea espolvoreada de blanco. Pan, la llama, y me la da a probar, pero yo escupo sobre su ofrenda. ¿Cómo osa ofrecer al mar el alimento de un mortal?

Clito ríe.

—No más pan para ti —acepta—. Eso que te pierdes.

Continúa mostrándome los cachivaches de su bolso. Tiene una caña agujereada que convierte el viento en música, y la llama flauta. Tiene un disco de cobre al que se refiere como moneda, capaz de transformarse en peine, pan o flauta. Y tiene también una circunferencia de oro salpicado de joyas de mil facetas como mil gotas de agua, su corona. Valiéndose de gestos, me explica que, cuando se pone su corona, la gente la llama princesa.

—A ti no te gusta el pan —me dice—, y a mí no me gusta mi corona.

Me da a probar su pan, a tocar su flauta y a palpar su moneda, pero su corona la guarda rápidamente, como si las mil facetas de sus joyas le hiriesen las yemas de los dedos. Cuando se incorpora, el sol la delinea de dorado, coronándola de aurora. Entonces, alza la mano, señala al oeste y proclama:

—Eso es el mar.

No me llama Atlántico. Me llama mar, mar sin nombre, mar de nadie. Y, aunque desprecio a los atlantes, descubro que mis ojos de sirena no odian mirar a Clito, y sus ojos tampoco me detestan, temen o desdeñan como los sacerdotes, pescadores y reyes de su pueblo, sino que me sonrían.

«Que no te engañe», me digo. «Su aureola dorada es oro de atlante. Su piel blanquecina es la piedra de los templos atlantes. Su lengua amable es la lengua con la que los atlantes me adulan y maldicen».

Pero Clito me da la espalda antes de que la destruya.

—Tengo que irme, pero volveré mañana —se despide—. ¡Espérame!

La veo marchar, y el resto del día transcurre mediante el vaivén de mis aguas. Mi ola golpea la costa y el sol alcanza su cénit. Mi ola derrumba un templo, y el ocaso tiñe de ámbar la sangre de sus sacerdotes y el azul de mis aguas. Mi ola anega un pueblo, y la noche amortaja a sus habitantes. Y mis olas traen hasta mí cuerpos sin vida y noches sin luna.

No cejaré, no hasta que la Atlántida sea mía.

Clito regresa al alba, y mi sirena la aguarda en el mismo lugar que ayer. La cala donde nos encontramos es estrecha, flanqueada por despeñaderos agrietados, e incluso a la luz del amanecer es un erial grisáceo azotado por un vendaval perpetuo.

Pero Clito trae consigo una flauta que convierte el viento en música y un amanecer que arranca destellos dorados a esta cala gris, como si mil monedillas asomasen entre los cantos de las piedras y los granos de arena. Debe saber lo que he hecho esta noche, pero no da señales de ello. Me peina de nuevo, toca su instrumento y me enseña su lengua. Aquello es el cielo. Lo suyo son dos piernas, y lo mío, un par de aletas.

—Puedes hacerme preguntas —me dice.

Frunzo el ceño.

—¿Preguntas?

—¡Así, muy bien!

Entonces me enseña a preguntar. ¿Qué soy?, dice. El mar, respondo. ¿Cómo soy? Libre. ¿Dónde estoy? Aquí, allí, en todas partes. ¿Quién es Clito?, digo yo. Una princesa, contesta. ¿Por qué?

—Porque mi padre fue rey antes que yo —responde.

—¿Es rey ahora?

—Ya no. Ahora mi madre es reina, y yo soy princesa.

—¿Te gusta ser princesa?

—Me gustas más tú, mar. Tú estás en todas partes, pero yo solo puedo estar aquí, bajo mi corona.

—¿Ser princesa es llevar corona?

—Ser princesa es tener una flauta y no poder tocarla, tener monedas y no poder gastarlas, tener un reino y no poder amarlo. Has matado a mucha gente esta noche, como mataste a mi padre, ¿verdad? —Me mira sin ira, sin soberbia, sin desprecio—. Mi madre lo llamaba Evenor, pero yo jamás lo conocí, como tampoco a la gente a la que has matado. No soy una buena princesa —Extiende los brazos cuanto puede, pero las puntas de sus dedos solo sueñan con abarcar el horizonte—. No soy lo bastante grande, no como tú. Soy pequeña, como mi corona. Por eso no me gusta que me llamen princesa, ¿entiendes, mar?

La entiendo. Maldita sea, la entiendo.

—A mí no me gusta que me llamen Atlántico —le digo—. Por eso mato.

—Entiendo —dice ella.

El sol naciente corona a Clito de dorado, pero sus ojos son el reflejo de mis aguas azul vivo, dos joyas de mil facetas mil veces más brillantes que las de su corona. Nada más despedirme de ella me descubro esperando a verla de nuevo.

Se suceden bajamar y pleamar, noche y día, luna y sol, pero mis aguas están en calma, el reflejo del cielo es

impoluto sobre mí y los rayos de aurora revisten mis olas de oro cuando Clito está conmigo.

Algún día seré la tumba de su reino y de sus huesos. Cada pleamar, cuando arrecia la noche y sonrío la luna, alzo mis olas contra la Atlántida. Pero, si destruyo la isla, ¿amanecerá mañana? ¿Puede haber aurora sin Clito? Y, aunque intento rugir, de mi sirena solo sale canto. Clito ríe al escucharme, y mi melodía y su risa bailan de la mano en el viento.

—¡Buenos días, mar! —me saluda, y por su forma de sonreír parece que sus ojos no han visto jamás un anochecer, ni una tormenta.

Una parte de mí desea que no sonrío nunca más. La otra la cubriría con espuma para que la noche jamás la tocara. Por cómo le sonrío de vuelta, casi creo que no voy a matarla.

Y ¿por qué? ¿Porque es bella, inteligente y bondadosa? ¿Es porque detesta que la llamen princesa, como yo aborrezco el nombre Atlántico? ¿Es acaso porque me llama mar? ¿Tan débil ha vuelto al mar la risa de una niña de cal?

Transcurren cien tempestades nocturnas y cien arcoíris vespertinos. Las almas de los atlantes se disuelven en mí como volutas de espuma cada noche, pero cada amanecer canto para Clito como si mil gritos no rugiesen en mis olas, y ella acompaña mi melodía con su flauta como si entre sus cachivaches no chirriase una corona.

Un día, el cielo y los ojos de Clito están empañados por lágrimas. Por una vez, parece que no tiene ojos para el sol, solo para la tormenta.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Mi madre ha muerto.

—¿La he matado yo?

—No; el palacio está muy alto, sobre un acantilado. Allí no alcanzas. Han sido unas fiebres.

No sé qué son las fiebres, ni qué es morir. No sé qué es un padre, ni una madre, ni siquiera comprendo mis propias

palabras cuando pregunto a Clito:

—¿La amabas?

No sé qué es amar. Clito me dijo una vez que las olas aman a la costa y que la luna ama al sol, y por eso se persiguen los unos a los otros. ¿Perseguía Clito también a su madre?

Ella asiente.

—Era la única persona que me conoció jamás —Me mira con pena insondable, una fosa cavada en sus ojos—. Tengo diecinueve años, mar, y ya no queda familiar que me conozca. Nadie se atreve a llamarme Clito. Todos me llaman princesa. Cuando la gente me habla, no me nombran a mí, sino a mi corona. Soy para todos lo que mi padre fue para mí: una extraña. —Cuando solloza, me resulta impensable que alguien capaz de llorar así haya podido reír jamás—. ¡Estoy sola, mar! ¡Siempre sola!

La baño en mí, y mis mareas diluyen sus lágrimas como espíritus inocentes. Entonces, susurro:

—Clito, no estás sola. Soy el mar. Estoy aquí, allí, contigo, en todas partes.

Permanece seria antes de sonreír como si sus ojos jamás hubieran visto una tormenta o un anochecer, y juro que brilla entre mis brazos, como una joya de mil facetas, y que esta cala nuestra ya no es gris.

—Gracias, mar —me dice.

Ese día, ella no toca la flauta, pero yo le canto. Jamás tendré qué preguntarle qué significa amar. Ya lo sé, como sé que no mataré a Clito, como sé que derruiré su Atlántida, con su gloria de cal y su princesa de oro.

Al día siguiente, Clito me llama:

—Mar, he estado pensando en algo toda la noche. No te gusta que te llamen Atlántico, pero ¿no quieres otro nombre?

Yo hundo la cabeza en las aguas, y mis palabras burbujan entre la espuma:

—Las sirenas no necesitan nombres. Los mares tampoco.

Pero ella sacude la cabeza.

—No importa que necesites un nombre o no, sino que lo quieras. Yo podría regalarte uno, si me lo pidieses.

—Nadie puede ponerme nombre. Soy un mar de nadie.

—No hace falta ser de alguien para tener nombre.

—¿Y por qué darme un nombre?

Clito piensa en silencio. Está sentada frente a mí, sobre una roca. Las faldas de su vestido blanco se funden en la piedra, como si fuese una escultura de mármol fino que mis aguas hubieran esculpido ahí, junto a mí, por siempre.

—Los nombres tienen cierta magia —dice por fin—. Llama flauta a una caña, y tendrás música en lugar de viento. Llama corona a un pedazo de oro, y tendrás una princesa en lugar de una niña. Llama Atlántico a un mar, y tendrás una ruina en lugar de un reino. —Se inclina hacia mí, y el vaivén de mis olas riza las puntas doradas de su melena—. Yo podría regalarte un nombre, el que quisieses. Un nombre tuyo, mío, nuestro, y de nadie más. Lo juro.

Jamás había visto su rostro tan de cerca, tan hermoso.

—¿Qué nombre?

Creía haberla visto sonreír antes, pero me mentía; es ahora, cuando pido un nombre a Clito, cuando conozco su sonrisa, y me da la sensación de que nunca la he visto tan feliz, de que jamás la he visto llorar. Ríe con todos los dientes cuando dice:

—Eos. Mi Eos.

Eos. Amanecer, en la lengua atlante. ¿Es eso lo que soy para ella, una aurora? ¿Soy para Clito lo que Clito es para mí?

—Yo también quiero darte un nombre —le digo.

—Ah, ¿sí?

He tocado a Clito mil y una veces. Pero cuando mi sirena recoge tras su oreja un mechón de oro enredado, ahora, cuando siento su piel contra mis escamas, olvido haberla tocado jamás. Esta es la primera vez. Y esta, cuando dibujo sus labios con la uña. Y esta, cuando mi nariz roza la suya.

—Si yo soy tu Eos, tú eres mi Clito.

—Pero ese ya es mi nombre.

—Los atlantes te llaman princesa, no Clito. Clito es tuyo, mío, nuestro, y de nadie más. Los nombres tienen cierta magia —repito estas palabras tan cerca de sus labios que es ella quien habla a través de mí, su voz ardiendo en mi garganta—. Llama Clito a una princesa, y será del mar.

—Llama Eos a un mar, y será de una princesa —dice Clito, y soy yo quien habla a través de ella.

Cuando la beso, su nombre queda grabado en mis labios, y siento que nunca podré cantar otra cosa más que Clito hasta que mis olas se harten de rugir y a mi sirena le falle la voz.

—Espérame aquí, Eos —se despide, frente contra frente—. Volveré.

Acaba de amanecer, pero el sol se pone cuando ella se va. Esa noche no azotó la Atlántida. No quiero más chillidos en mis aguas más que su risa, ni más almas en mi espuma que la suya. Sé que esto es amar; me paso la noche aguardando al alba, a ella. La espero como la costa a las olas, el sol a la luna, y mis días amanecen dos veces cuando ella viene a llamarme por mi nombre.

—¡Buenos días, Eos! —me saluda, y cuando la miro a los ojos, siento que jamás he visto ningún anochecer, ni una tormenta.

Solo por ella conoce la Atlántida la paz; por Clito es que los atlantes vivirán un día más, y otro, y otro, tantos como veces diga mi nombre.

Pero un día no amanece el sol, sino la tormenta. En lugar de rayos cálidos, del cielo caen relámpagos y lágrimas de estrellas.

—¡Oh, Eos! —solloza Clito.

Me abraza para sollozar en mis brazos. Sé que llora sin ver sus lágrimas; las siento en mí, frías y amargas. Mi sirena la guía mar adentro, donde puedo arroparla con mis aguas

para que no la hiera la lluvia. Entrelazo sus manos con las mías, y le pregunto:

—¿Qué pasa?

—Para ser reina, debo casarme con un hombre a quien no conozco.

—¿Casarte?

—Significa que ya no seré del mar, sino de ese desconocido. Yo seré su reina y él será mi rey. No podré estar contigo y viviré sola por siempre.

El lazo entre nuestros dedos se deshace. Sus yemas danzan sobre mis escamas, pero me recorre un escalofrío al percatarme de que me toca como si fuera la última vez, como si fuera a marcharse antes de la siguiente caricia.

Mis dedos atrapan los suyos con la fuerza de una ola que trata de abrazarse a un peñasco, desesperados, resbaladizos.

—Tráelo aquí mañana.

—¿A quién?

—Al desconocido. Tráelo, y te prometo que estarás siempre conmigo.

Clito frunce los labios. Tarda en hacer evidente lo que ya sabemos:

—¿Vas a matarlo?

—Si insiste en casarse contigo, ni siquiera su palacio le servirá como escondite. Lo mataré, como a todo aquel que trate de hacerte suya.

—¿Por qué?

—Porque tú eres del mar, y el mar es de ti. Ya lo sabes.

Guarda silencio, y sus manos se posan sobre las mías, su frente descansa contra la mía y su corazón late junto al mío. El mundo somos ella y yo, princesa y sirena, Clito y Eos.

—Has vivido en soledad mucho tiempo, ¿verdad? —dice—. Nadie te ha amado jamás, y tú has hecho mucho daño a mucha gente, pero hace tiempo que ya no matas.

—Por ti —le digo, aunque ya lo sabe.

Clito separa mis manos de su rostro y las estruja entre las suyas, ambas limpias de sangre, chillidos y almas en pena.

—Por mí dejaste de matar, y por mí no matarás, no en mi nombre. ¿Me lo prometes, Eos?

No puedo prometérselo. No puedo imaginármela lejos de mí, donde yo no pueda protegerla de la noche y ella no pueda oírme cantar su nombre, pero al mirarla a los ojos sé que no mancillaré a Clito con sangre. Sé que no puedo negarme a nada que me pida; ello me resulta tan inconcebible como que el hueso se rebele contra la carne, las olas contra la costa, el sol contra la luna.

—No mataré en tu nombre. Te lo prometo.

Ella sonrío.

—Gracias, Eos.

No vuelve tras una decena de tempestades y arcoíris, y no amanece ni anochece sin ella. Las tempestades se vuelven mudas, los arcoíris, descoloridos. Donde había música solo queda viento, y de Clito solo resta una promesa. Su voz duele en mi garganta:

—No mataré en su nombre —repito, aguardándola.

Pero ella es el sol al que persigo, la costa que me espera. ¿Dónde está? Mi sirena vaga en su busca, pero es en nuestra cala donde encuentra a unos pescadores hablando de la princesa.

—Se dice que está encerrada en la torre más alta del palacio.

—Tonterías. ¿Por qué encerraría el rey a su esposa?

—He oído que se niega a satisfacer al rey, así que la han enclaustrado hasta que obedezca a su marido.

Clito, en la torre más alta del palacio, inalcanzable. Clito, mi princesa del mar de nadie, el nombre en mi garganta, el amanecer sobre mis olas. Sin ella, no tengo voz, ni luz, ni siquiera nombre. Sin mí, ella está sola, estrangulada por su corona, condenada a ser una extraña.

Mis aguas engullen a los pescadores y mi sirena se alza sobre ellos.

—Que vuestro rey venga a la cala mañana, al amanecer — les ordeno—. Decidle que el mar quiere hablar con él.

—Nos tomará por locos —balbucea uno.

—Habrá una tormenta esta noche. Si no os cree a vosotros, que crea a las olas que batirán contra su palacio.

—¿Y si nos negamos?

—Arrasaré la Atlántida —Una promesa se rompe en mi voz y desgarró mi garganta—. No quedará ladrillo sobre ladrillo ni atlante sobre sus pies. Decídselo a vuestro rey. Decidle que mañana escogerá entre su reina y su corona.

Devuelvo a los pescadores a la costa, y resbalan sobre sus sandalias en su apremio por huir de mí. Necios; no hay lugar en su reino de cal en que puedan ocultarse, pues no cejaré, me digo, no hasta que Clito sea mía.

Una tempestad nocturna bate contra la Atlántida y, al alba, el rey atlante se presenta ante mí. Lo acompañan sus sacerdotes, esos que creen apaciguarme con obleas de pan y libaciones de aceite. Son tan inmensos como soberbios, blanquecinos y decrépitos.

—¿Qué queréis de la Atlántida, venerable sirena del océano Atlántico? —recita uno.

—No soy venerable, ni sirena ni Atlántico. Soy Eos, mar de Clito y, para vosotros, el mar de nadie.

—Pero los dioses nos mandan llamaros...

—Silencio. Yo me encargo.

Una figura se abre paso entre los sacerdotes y se postra ante mí, permitiendo que las piedrecillas de la cala arranquen sangre azul de sus rodillas como ofrenda a mis olas.

—Alteza —interviene un sacerdote—, dejad que los dioses hablen por vos.

Mas el rey no titubea bajo el peso de su laureola dorada, ni se estremece su voz aunque sea delicado, esbelto como una flauta, brillante como una moneda, frágil como una promesa.

—Es a mí a quien el mar de nadie ha llamado, no a los dioses. —Se humilla a mí, y sus labios besan mis olas—. Mar de nadie, mi nombre es Atlas, rey atlante.

—¿Atlas? —me extraño.

—Todos los reyes heredan el nombre de Atlas de la Atlántida —dice un sacerdote—. La Atlántida es del rey, y el rey es de la Atlántida.

—El padre de Clito se llamaba Evenor —replico.

—Solo la reina lo llamaba así.

—Y solo yo debo hablar con el mar de nadie. Marchaos —insiste el rey.

Por fin, los sacerdotes lo obedecen. El cabello dorado y el rostro armonioso del rey son los de Clito, pero sus ojos son oscuros, del color de la sangre en el agua y las tempestades nocturnas.

—Permitid que me presente de nuevo. No soy rey, ni Atlas. Mi nombre es Ciro. Aun así, si queréis algo de la Atlántida, es a mí a quien debéis pedirlo.

Pero yo maldigo su nombre de niño como maldije su nombre de rey:

—De ti no quiero nada porque nada de cuanto crees poseer te pertenece. Liberarás a Clito o no tendrás reino sobre el que gobernar, pues te convertiré en un rey de nadie.

Espero salpicar su rostro de miedo o de vergüenza, pero solo me topo con desconcierto en el gesto del rey.

—¿Liberar a Clito? ¿Qué queréis decir?

¿Qué clase de osadía suicida es la de este rey que se atreve a mentir al océano sobre lo que es suyo? No se le puede decir al mar que su espuma no es blanca o que sus olas no son azules, ni que el amanecer que le ha sido arrebatado aún brilla en el cielo.

—Está encerrada en vuestro palacio —le digo—. Dicen que es su castigo por no satisfacerte. Sé...

—Así que es cierto —me interrumpe. Ha enterrado los puños en la arena, tembloroso de rabia—. Mis sacerdotes

han encerrado a Clito a mis espaldas porque me negué a seguir su consejo de castigarla.

No se echa a llorar ni patalea como los críos; hay dignidad en su corona inútil y sus puños impotentes. Me mira con ojos grandes como los de un niño y tristes como los de un rey que jamás han visto un arcoíris ni un amanecer.

—Desearía estar en todas partes, como tú, con Clito, con mis súbditos, con mis consejeros... Pero no soy un mar, solo un mal rey, y Clito es bella, inteligente y bondadosa —Se incorpora. El sol proyecta la sombra coronada del rey sobre mí, más grande que el niño a sus pies—. La liberaré y me disculparé con ella. Lo juro.

Lo observo marchar, brillante como un atardecer, y lo odio. ¿Es porque es atlante, porque es rey o porque es esposo de Clito? No lo sé. Solo me contengo por la promesa que hice a Clito, perenne en mis labios:

—No mataré en su nombre. La esperaré.

Pero la luna se vacía antes de que vuelva a mí. La veo llegar, blanca y dorada, y toma mis manos entre las suyas para besarlas con una sonrisa en los labios. «¿Por qué no volviste cuando Atlas te liberó?», quiero preguntarle, pero Clito estruja mis palabras en un abrazo.

—Siento mucho no haber venido antes. Tenía muchas ganas de verte, pero... Oh, Eos, soy tan feliz. Cuando me encerraron, me sentí más sola que nunca. Creí que moriría en la torre más alta del palacio, por encima de las nubes, donde ni siquiera podía mirarte, pero él me liberó.

Sé de quien habla antes de que diga su nombre, como siento la tempestad antes de que arrecie:

—Mi esposo, mi rey, mi Clito. Lo amo, Eos. Para él no soy su princesa, ni su reina, solo su Clito, y él me conoce y me ama. Gracias a él y a ti ya no tendré que estar sola. Además, lo he convencido para que prohíba que se te llame Atlántico. A partir de ahora, serás Eos, mi Eos.

Debería sentir felicidad, pero no logro que me importe. He tenido muchos nombres, como Atlántico, pero mis olas los

han engullido y reducido a nada. ¿Qué es un nombre para mí? Nada, no si no lo oigo en boca de alguien a quien amo, ahora lo descubro. Pero Clito... Mis manos cubren las suyas, mis escamas se clavan en su piel.

No permitiré que Clito y Eos se conviertan en dos nombres más, recuerdos de recuerdos, letras de arena y ecos de caracola. No permitiré que Atlas me arrebate mi amanecer, mi princesa del mar de nadie.

—Eres Clito del mar, no Clito de Ciro.

Pero Clito no es el mar, y no siente la tempestad antes de que arrecie.

—Que ame a Ciro no significa que no pueda amarte a ti. Ya no tendrás que esperarme; ahora puedo visitarte cuando quiera.

Ciro. El atardecer. El rey. El ladrón. Lo odio, lo temo, ahora lo sé. Los atlantes me dieron un nombre y su rey me robó el sol. Me lo imagino, llamando a Clito por el nombre que es nuestro, peor aún; me imagino a Clito sonriéndole.

—Tráelo aquí mañana —le digo.

—¿Para qué?

—Quiero darle las gracias por cumplir con su palabra.

Clito me besa.

—Espéranos, entonces.

Esta noche estoy en calma, pero sangre vieja se revuelve en mí, brotando de las almas desgarradas de fantasmas atlantes. Mi sirena canta promesas rotas, nombres suyos y míos, olvidados y dorados, una elegía furiosa.

Juró que sería mía. Mi nombre era suyo, y el suyo era mío, pero ahora ha regalado lo que era nuestro a un rey de nadie. ¿Cómo puedo perdonarla?

Amanece un día sin sol. Mi sirena recibe a Clito y a Atlas, y ocaso y alba llegan a mí de la mano. Clito me sonrío, pero Atlas me mira con ojos de niño triste y ladrón taimado.

—¡Buenos días, Eos! —me saluda Clito.

—Mar de nadie —dice Atlas.

Hago gestos a Clito para que se acerque a mí, y susurro en su oído:

—Quiero hacer un regalo al rey. ¿Podrías ir a buscarlo para mí?

—Está bien. ¿Qué necesitas?

Se marcha de la cala y quedo a solas con Atlas. Antes de que tenga tiempo de insultarme de nuevo, sumerjo la cala por entero, y mi sirena agarra al rey por las piernas y lo arrastra mar adentro, donde mis aguas pueden estrangularlo.

Él patalea, escupiendo espuma y maldiciones. Lleva la laureola ceñida a la cabeza y una promesa rota ardiendo en la garganta:

—¡Dijiste que no matarías por ella!

Pero yo le respondo con furia:

—Aquí eres rey de nadie, pero gobernarás sobre mil fantasmas cuando hunda tu reino en el averno. ¡No volverás a llamar a Clito por su nombre! ¡No la conoces! ¡No la amas como yo!

Él aúlla de dolor, pero aún persiste:

—¡Si nos matas, convertirás a Clito en una reina de nadie!
¡La matarás!

Lo alzo del cuello, hundiendo mis escamas en su piel.

—Estás muerto desde el día en que me robaste mi amanecer, y tu gente murió el día en que me llamó Atlántico.

—¿Y Clito?

—Clito es mía.

Cierro mi puño en torno a su garganta, y su sangre azul se me escurre entre los dedos, una ofrenda amarga. Clito surge en la distancia, blanca y dorada como la margarita que lleva en las manos, mi regalo para su rey. Mil tormentas y mil atardeceres ensombrecen su rostro cuando ve la sangre de Atlas en mis manos, y sé que jamás volverá a sonreír.

—¿Qué has hecho, Eos?